12 ... años
serie El gallo pelón
COLECCIÓN Caminos del SUR

ANÓNIMO

# La cabeza de un alijuna malo

Cuento Wayúu

ILUSTRADO POR ANTHONY FERNÁNDEZ

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

ANÓNIMO

# La cabeza de un alijuna malo

Cuento wayúu

Ilustrado por Anthony Fernández

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Misión Cultura
Corazón adentro

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2016
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

**Correos electrónicos**
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

**Páginas web**
www. elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

**Redes sociales**
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

**Diseño de coleccion**
Mónica Piscitelli

**Ilustraciones**
© Anthony Fernández

**Edición**
Alejandro Moreno

**Corrección**
Rosa Arévalo / José Jenaro Rueda

**Diagramación**
Raylú Rangel

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf40220168001179
ISBN 978-980-14-2019-4

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

200 1816-2016 PATRIOTAS UNIDOS SABEMOS VENCER

# Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

*El gallo pelón* es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

*Los siete mares* es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

# La cabeza de un alijuna malo

## (cuento wayúu)

Hace muchos años llegó a la ranchería de un wayúu muy joven un alijuna. Éste venía en son de comercio. Traía un peón de su confianza, con dos animales cargados con mercancía que, para aquella época, era muy solicitada en la Guajira que para conseguirla había que ir hasta los lejanos sitios urbanos de los alijunas.

El wayúu brindó al alijuna una buena porción de chicha que éste debía beber, según la costumbre, de un solo trago y sin pestañear. De no aceptarla, perdía todos los derechos a hospitalidad y podía morirse de hambre o de sed en el desierto, implorar por un poco de agua o hacer lo que fuese, pero nadie en aquella ranchería movería un dedo para ayudarlo.

De no aceptarla, los moradores de aquella ranchería se hubieran considerado ofendidos sin que nunca ningún poder del mundo hubiera sido capaz de persuadirlos. El alijuna bebió decididamente aquella chicha, triturada con la boca de las guarichas wayúu, condimentada con la saliva y fermentada posteriormente. La sed, el calor y "cierto saborcito extraño" le hicieron parecer aquello delicioso.

Así lo demostró con su gesto (era la cortesía en aquel lugar) y el wayúu se sintió complacido, abriéndole su puerta, considerándole su huésped y llamándolo su amigo. Los días fueron pasando y el indio wayúu fue adquiriendo los artículos que el alijuna vendía. Entonces, el alijuna resolvió enviar al peón de su confianza con el ganado recogido para la ciudad.

Durante la recogida del ganado, un toro revolcó al peón ocasionándole unos rasguños. Fue curado, pero el wayúu –fiel a la tradición que lo obliga a pagar la sangre derramada de su huésped y de su comitiva, ocasionada por el animal de su propiedad, o mientras se goza de su hospitalidad– pagó con una buena novilla el daño sufrido.

El peón se fue con la mercancía y el alijuna resolvió quedarse allí por unos días más. Pero el alijuna tenía una intención secreta: le gustaba mucho una de las hijas del hospitalario wayúu y, viendo que ella le correspondía, dispuesto a todo, quiso ver en qué paraba aquella aventura. Entonces se fue acercando a la muchacha.

Las muchachas wayúu no tenían, en aquella época, ningún inconveniente en hacerse novias de quienes las enamoraban, siempre y cuando a ellas les gustase el pretendiente. No había nada malo en aquello porque a la mañana siguiente se sabía, o las mismas muchachas le contaban a la madre. Se procedía entonces al pago, ya que el precio de cada guaricha sólo había que preguntarlo para saberlo. Se sobreentendía que cuando alguien se adelantaba a la entrega y a la formalidad legal era por impaciente, pero se aceptaba el precio.

El alijuna había logrado que la muchacha no dijera nada de sus amores ocultos y tenía la oscura y perversa intención de violar todas las costumbres y leyes establecidas. Una tarde el alijuna vio un hermoso potro castaño tostado en los corrales y, como era conocedor de caballos, se dio cuenta de que aquel potro era un magnífico ejemplar y entonces quiso comprarlo.

Para aquella época, los potros wayúu tenían fama en todas partes, pero a los wayúu no les gustaba venderlos. Temían que si los alijunas apareaban sus hermosos potros con yeguas escogidas, les quitarían su fama a aquellos hermosos caballos.

Sabido es también que un buen caballo de silla (y los caballos wayúu lo eran) se distingue por su estampa perfecta. Y un defecto cualquiera les rebaja a aquellos hermosos caballos su precio, sobre todo cuando éste es muy visible. Por ejemplo, un pequeño desperfecto en una oreja; orejas que suelen ser ágiles y pequeñas.

Entonces el alijuna, como era un jinete muy hábil, le propuso al wayúu comprarle aquel hermoso y bien plantado caballo.

—¡No lo vendo! –fue la respuesta del wayúu.

—¡Te doy cinco morocotas! –ofreció el alijuna.

Una morocota era mucho dinero.

—¡No lo vendo! –repitió el wayúu.

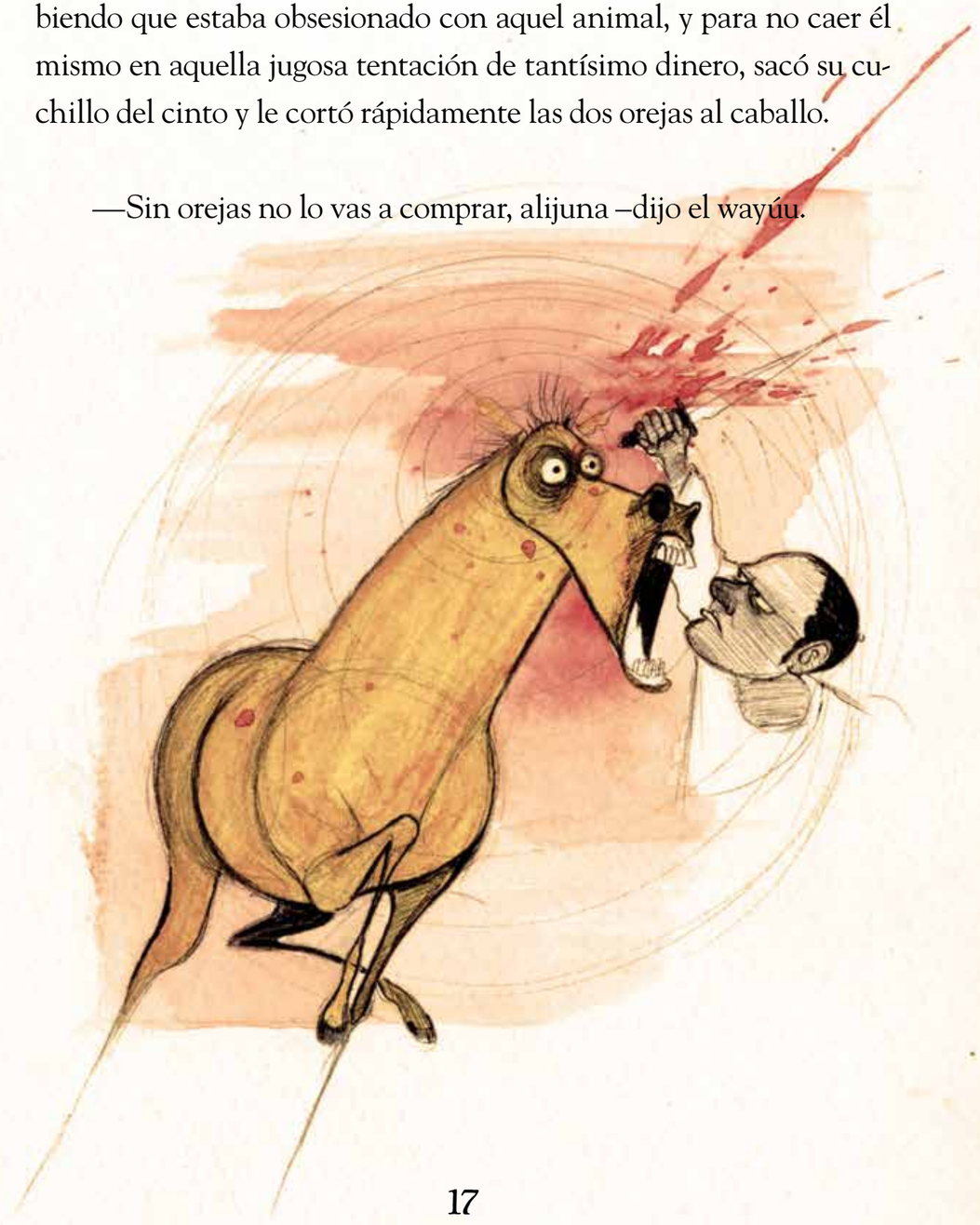
Y el alijuna fue aumentando su oferta hasta llegar a quince morocotas.

—¡Quince morocotas, compadre! ¡Quince morocotas!



Y el wayúu, temeroso de que el alijuna le ofreciera más, y sabiendo que estaba obsesionado con aquel animal, y para no caer él mismo en aquella jugosa tentación de tantísimo dinero, sacó su cuchillo del cinto y le cortó rápidamente las dos orejas al caballo.

—Sin orejas no lo vas a comprar, alijuna –dijo el wayúu.



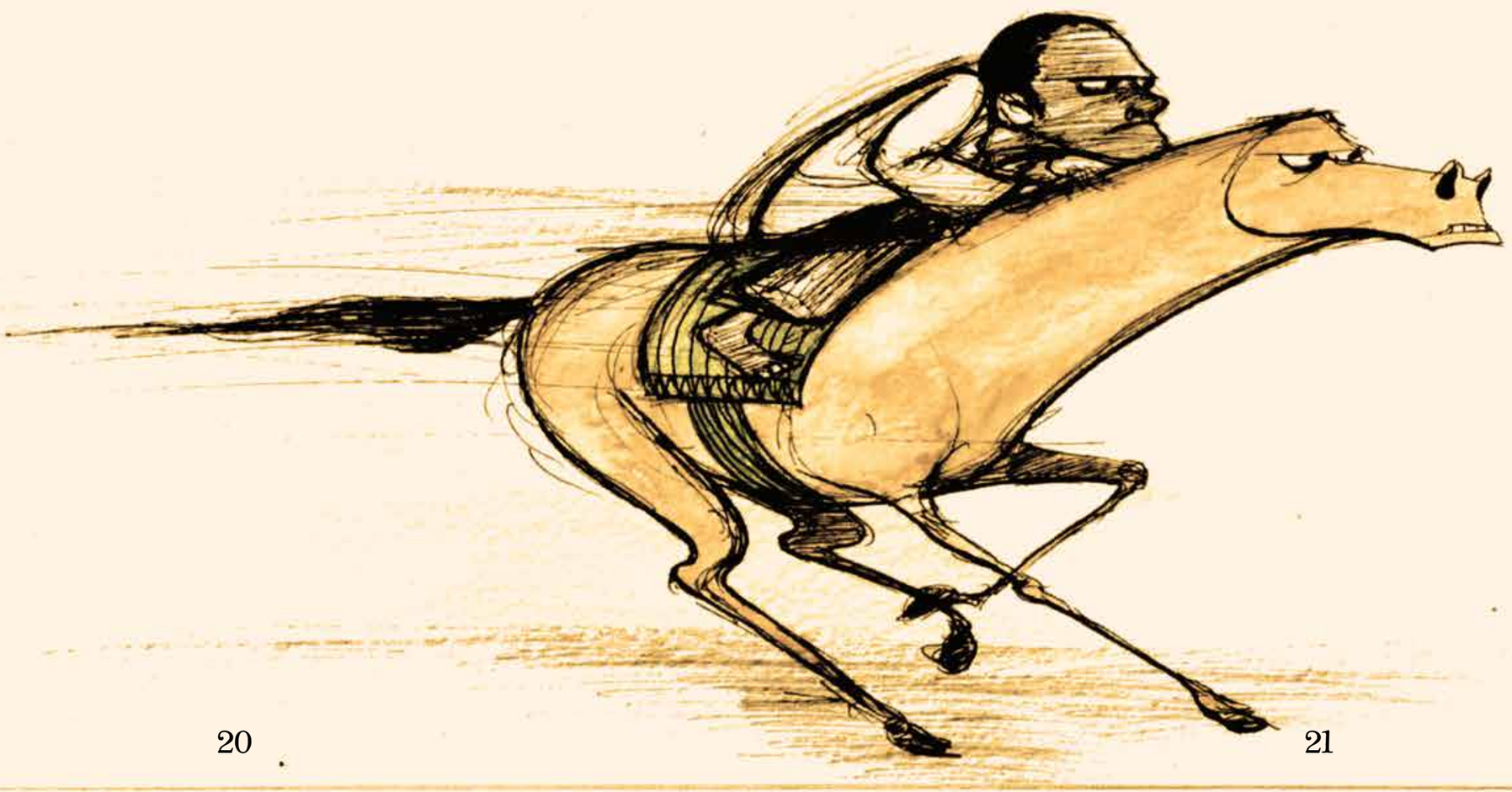
Según hemos visto, este wayúu era leal en su amistad, generoso en su hospitalidad, respetuoso de las tradiciones y firme en sus decisiones. Sin embargo, el alijuna no supo apreciar la amistad del wayuú y cometió un gran error. Así que durante la noche, y en complicidad con la muchacha, transgredió la hospitalidad wayúu y tomó como amante a la muchacha, saciando en ella su lujuria.

Pero apenas hubo cometido la falta, el alijuna no quiso afrontar las consecuencias y huyó en la oscuridad, aprovechando que todavía no había amanecido. A la mañana siguiente, la muchacha wayúu comunicó a su madre la novedad, tal como es la costumbre, y cuando la madre fue a decírselo a su marido, supieron entonces de la ausencia del huésped.

El wayúu no dijo nada. Ensilló el caballo, el mismo al que le había cortado las orejas y, a paso lento primero, siguió las huellas del malvado alijuna. Pasado un trecho, en el que habían muchas huellas concentradas por la gran cantidad de animales que se acercaban a la ranchería, pudo proseguir su camino sin que el caballo perdiera la pista de las huellas marcadas en el suelo.



Jinete y caballo, en frenético cabalgar, siguieron el camino por donde veían las huellas marcadas en la arena. Y estando en aquella búsqueda, pensaba el wayúu si efectivamente había cumplido con todas las reglas de la hospitalidad. Sabiéndose libre de toda transgresión, pensó que tenía argumentos para justificarse ante los hermanos de la esposa que, con derecho, le reclamarían la deshonra de la muchacha, quien ahora era despreciada y sin que se hubiese pagado su sangre derramada.



Podían esas razones ser suficientes, alegando el engaño y la persecución, e incluso tener que pagar de su propio dinero lo que ellos reclamaban. Pero al wayúu esto no le bastaba. Y después de que el hogar del wayúu fue violado por quien él acogió amable y generosamente, su corazón y su conciencia reclamaban venganza.

A lo lejos se veían filas de árboles, señal de que allí había uno de esos ríos que cruzan la extensa Guajira. Como las huellas iban hacia un rancho de la orilla, hacia allí se dirigió.

El hombre que estaba en aquel rancho abrió la puerta y le dijo al wayúu:

—¿Anshí pía?, ¿llegaste?

—¡Cómo! –fue la respuesta del wayúu y luego exclamó:

—¿Pasó por aquí un alijuna?

—Acabo de prestarle mi cayuco. Se fue navegando río abajo –dijo el hombre.

—Préstame tu caballo, que el mío está cansado –dijo el wayúu.

—Toma lo que quieras. Lo que hay aquí es tuyo –le dijo el hombre al recién llegado wayúu.



Rápidamente el perseguidor, sin más explicaciones, tomó el caballo del otro wayúu y prosiguió su persecución, tomando un atajo para que el alijuna no se le escapara. Así lo hizo, pero el alijuna canaleteaba desesperadamente; y cuando el wayúu estaba a punto de darle alcance al malvado alijuna, este se las ingenió para ponerse lejos de su perseguidor.

El wayúu se tiró del caballo, midió bien la distancia y sosteniendo las dos puntas de su arco con los pies desnudos, disparó la flecha apuntando hacia el objetivo propuesto. Momentos después, el cayuco flotaba a la deriva.

Cuando más tarde, ya muy de noche, llegó el wayúu a su casa, encontró allí reunidos a los hermanos de su esposa. La noticia de la deshonra de la muchacha había corrido como pólvora y ellos habían venido a cobrar la sangre derramada.

La entrada del padre de la muchacha deshonrada, cuñado de los presentes, obligó al silencio. Y en medio de aquel silencio, el wayúu dijo:

—¡No hay pago!

Los cuñados con ojos indagadores voltearon de inmediato hacia el hombre.

—¡No hay pago! –repitió el hombre–. ¡Sólo hay venganza!

El wayúu regresó hasta el sitio donde había dejado su caballo y trajo consigo un saco con algo pesado adentro.

Lo arrojó en el centro de la habitación y volvió a decir:

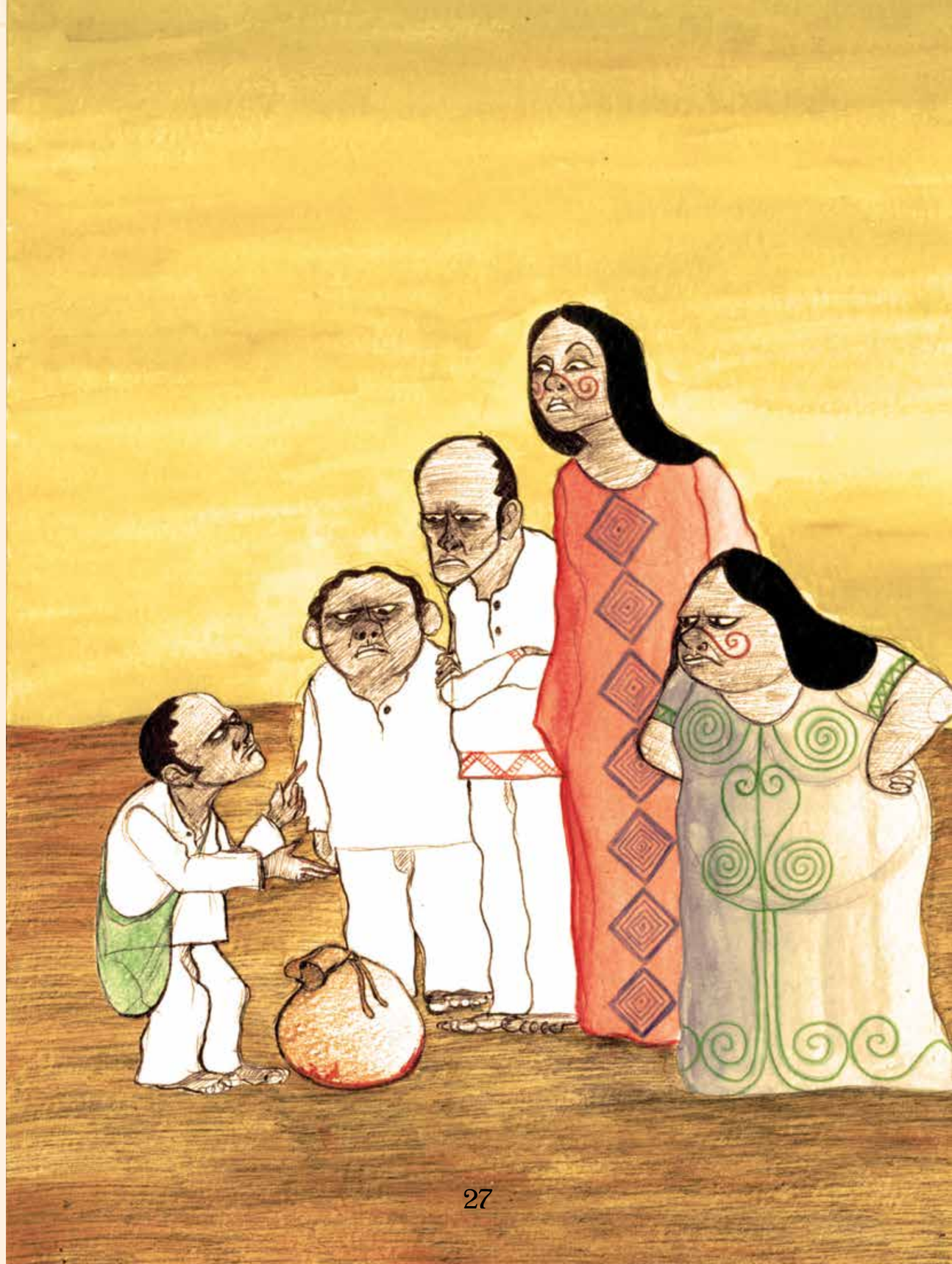
—No hay pago; sólo hay venganza. Y la venganza, ¡allí está!

El mayor de los hermanos de la esposa del wayúu fue el encargado de abrir el saco y allí estaba...

Era una cabeza humana...

¡La cabeza del alijuna!





Edición digital
noviembre de 2016
Caracas - Venezuela

Cuento

# La cabeza de un alijuna malo
## (cuento wayúu)

La traición de un alijuna desatará la venganza en tierra wayúu. Un hombre buscará desesperadamente cobrar la sangre que ha sido derramada para saciar la venganza que su corazón reclama. Desde una tierra signada por las tradiciones y el respeto a la hospitalidad, viene esta historia donde una alevosa deslealtad será el inicio de una sangrienta persecución.

Este cuento de los wayúu que presentamos a continuación está tomado del libro *Leyendas indígenas guajiras* de Arturo Hellmund Tello y a partir de allí hemos construido nuestra versión. Para seleccionarlo hemos tomado en consideración las tradiciones ancestrales de los wayúu. Sirva esta narración para acercarnos al imaginario de dicha etnia. Queda en manos de los niños de Venezuela y de Nuestra América esta expresión literaria autóctona.


## Anthony Fernández (Caracas, 1990)

Estudió Diseño Integral en la Universidad Nacional Experimental de Yaracuy (UNEY). Desde niño ha cultivado su pasión por el dibujo, logrando ser ilustrador autodidacta. Realizó las ilustraciones del clásico ***Las mil y una noches***, edición de la Fundación Editorial El perro y la rana.

9 789801 420194



Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

200 1816-2016 PATRIOTAS UNIDOS SABEMOS VENCER